

COMO LOS ÁNGELES

Teresa Núñez

Accésit al Premio de Relatos Vivir, Cuenca 2006

Desde que papá se marchó, mamá apenas hacía otra cosa que regar las macetas. Pensé que iba a pudrir las a fuerza de agua. Las aspidistras estaban muy lozanas, pero las alegrías se habían desmejorado bastante y empezaban a colgar como sarmientos lacios en los que no se abrían ya ninguna flor. Ella siempre ha opinado que la alegría es una planta delicada, casi tanto como la propia felicidad, pero no parecía recordarlo y las regaba una y otra vez, queriendo borrarlas de la terraza. Cuando lo hacía, sus ojos estaban húmedos y sus labios apretados. Y era como si el agua le fuese cayendo también interiormente, llenándole de lluvia la garganta y el corazón.

(Ahora que estoy aquí, con la espalda sobre esta fría pared, con los ojos fijos en la camilla donde ella reposa, me doy cuenta de lo que entonces no comprendía, la veo en su dimensión real y me arrepiento de muchas cosas que no tienen remedio).

Papá le regaló casi todas las macetas que tenemos. No le gustaban las flores cortadas. “*Para que no se marchiten*”, le decía con la voz temblona, esa voz en que solía él volcar cosas anónimas. Yo comprendía entonces que aquella fecha guardaba

significado para ellos dos. Porque tenían efemérides para todo. Una tarde en que se conocieron, una mañana en que habían despertado juntos, un mes de cuando me trajeron a casa... Cualquiera día era nostalgia de algo, un no-cumpleaños sin escribir que permanecía en los cristales igual que las gudejas del sol.

Me costó mucho darme cuenta de que se habían terminado los aniversarios. Por algún tiempo, mientras las cosas de papá permanecían aún en la casa, quise pensar que no era cierto. Sin embargo, yo mismo lo había oído aquella noche. Papá lo dijo con claridad inolvidable. *“Me he enamorado de ella, no puedo hacer otra cosa”*. Mamá, en cambio, no dijo nada. Ni lloros, ni súplicas. Nada en absoluto. Esa noche había arroz con leche sobre la mesa y allí se quedó. Mamá se fue a la cama sin acordarse de la fuente y yo la guardé en la nevera. Nadie se comió aquel arroz. Es más. Ella dijo, mientras lo tiraba después a la basura: *“Nunca volveré a hacer arroz con leche”*. Y a mí me pareció muy injusto porque no sólo era el plato preferido de papá. También a mí me gustaba tomarlo, rociado de canela en polvo, chascando la lengua contra el paladar para sentir el sabor acre de la cáscara de limón.

A partir de ese día, las cenas fueron otras. No había comentarios sobre la función de aquella tarde. Antes, si papá debía volver al teatro, comíamos sándwich de jamón y queso, pero si le tocaba descanso porque un compañero se ocupase de la tramoya, la sobremesa se alargaba entre el humo del tabaco. Yo me quedaba exclusivamente para verlos fumar. Papá cargaba su pipa y de la madera brotaban un humo y un olor especiales, como si se quemase leña en la chimenea. Mamá fumaba cigarros ingleses que rodeaban sus ojos de un vapor azulado. En esos momentos parecía otra, misteriosa y distante, igual que el personaje de un drama. Y yo la imaginaba espía o bucanero, porque entonces me parecía que nada había en ella de

real, tal vez porque yo era muy niño y todavía no me planteaba nada sobre las mujeres.

Pero tras la marcha de papá, yo no soportaba el vacío en aquel lado de la mesa, incluso quitaba de allí la silla, por si estando el asiento libre pudiéramos sentir la esperanza de que él apareciera de pronto y nos hiciese creer que nada pasaba, que no se había ido con la estúpida corista rusa que le volvió loco.

De repente, la casa era un sitio maldito donde ya no sonaba la música en la radio pequeña y únicamente los suspiros de mamá llenaban el silencio. Al principio, papá nos enviaba dinero. Algunos euros que luego, poco a poco, fueron menguando hasta desaparecer. Mamá iba a verle y le echaba en cara su falta de responsabilidad y esa tarde regresaba con los ojos enrojecidos y repetía una vez más que iba a trabajar en lo que fuera, que así no podíamos seguir viviendo. Había otros asuntos turbios que no tenían explicación para mí en esa época, algo que ocurría con mi custodia, origen de largas discusiones por teléfono y visitas a los abogados de papá. Yo no encontraba recuerdos de otra casa, pero sabía que hasta los dos años permanecí con mi madre biológica, la cual se divorció de papá y no quería tenerme con ella. Supongo que la ley decía algo sobre la obligación de permanecer con mi padre y no con mi actual madre. Pero yo estaba dispuesto a declarar a quien fuese que deseaba vivir con mamá, aun cuando no tuviera su sangre, porque no había conocido a otra madre y necesitaba su beso todas las noches, y su regazo era una de las memorias más dulces que yo tenía de la infancia. No me daba miedo decirlo con toda claridad delante de los jueces y los abogados si llegaba el caso.

(La forzosa dualidad de los casilleros me duele en este momento más que nunca. Hombre-mujer, y su correspondiente recuadro. Estado civil (C Casado, D

Divorciado, S Soltero) Y debía elegir. Como si ella no estuviese allí, debía definirla en un espacio ínfimo de papel, en un formulario tan frío como la pared blanca. Porque apenas era otra cosa que frío y silencio aquella sala. Primero, un muro de baldosas extendido más allá del vestíbulo. Contra él, la espalda adquiría un rigor especial. Después estaba el vacío turbio, espeso, en el que podía sufrirse un extraño síncope de congelación y desespero.

- Firme aquí – me indica el empleado. Señala el pie del documento con una uña ribeteada de negro. Siento un asco infinito. Al observar mi palidez, el otro pregunta..

- ¿Se marea?

- No es nada.

- Un familiar, claro – se solidariza.

- Mi madre.

Un aleteo en los ojos del de la bata. Pero recoger la firma parece ser su sólo cometido. Está algo inquieto. A las once le toca el turno de desayuno y tiene un bocadillo expuesto a la luz sobre papel metalizado, demasiado cerca de donde ella reposa.)

No sé cuántos meses habían pasado de la marcha de papá cuando mamá vino a mi cuarto para ayudarme con una tarea algo complicada y me dijo que iba a salir, y me confesó que tenía un trabajo. Yo, ciertamente, le presté poca atención, preocupado como estaba entre el dibujo y la redacción pedida en clase. Escuché, eso sí, que el horario se prolongaría hasta el amanecer y que ella no estaría en casa para la cena. Me molestó mucho porque esa es nuestra hora más hermosa. En todas las casas suele haber un rato en que la gente se reúne para hablar y abrir el alma a los otros. La cena era nuestro rincón del alma. Mamá se dio cuenta de mi disgusto, aun cuando no

dijese nada en ese momento, y añadió, para consolarme, que el viernes podría ir a ver su espectáculo. Yo le respondí que, si no terminaba el trabajo, el viernes tendría que quedarme en casa a darle fin.

Ella tomó mi cuaderno y lo miró despacio.

- ¿Qué has pretendido pintar aquí?

- Un ángel. Pero no sé si ponerle pelo largo o bigote.

No me parecía tan gracioso cuando lo dije, aunque ella se riera de tal forma que le tembló la base del cuello. El cuello de mamá es ancho y corto y no le gusta. Siempre se lo oculta con jerséis altos o con pañuelos. Dice que lo tiene arrugado, pero yo no sé si es verdad porque, aunque parezca extraño, nunca se lo he visto.

Lo cierto es que ella pasa bastante tiempo en su arreglo personal. Va mucho a la peluquería y se pinta de color muy vivo las uñas. Se las hicieron hace tiempo con gel y resultan perfectas. También se depila a la cera, que debe doler un horror. Algunos chicos mayores del instituto lo hacen cuando van a la playa. Dicen que ya no se lleva el vello en el cuerpo. Me alegro de no tener mucho y de que lo poco crecido en el tórax sea rubio porque así no se me nota. Mamá asegura que sus piernas son peludas, pero yo pienso que las tiene muy bonitas. Le gusta usar zapato alto, abrochado en el tobillo, y camina muy erguida, espigada como un árbol y contoneando sus caderas graciosamente.

Una vez le pregunté:

- Mamá, ¿tú has sido modelo?

- No. Yo trabajaba en el teatro cuando tu padre me conoció.

Aquella tarde llovía tristemente detrás de la ventana. Ella puso la yema de sus dedos en las gotas de lluvia y las siguió hasta la base del cristal. Sus ojos estaban cuajados de lágrimas.

-No llores, mamá –le dije, y me abracé a su cintura con pena, y permanecimos en esa postura durante unos momentos mientras yo percibía el latido violento de su corazón y cómo subía y bajaba su pecho a impulsos del llanto contenido -. No llores. Papá es idiota. Ninguna mujer del mundo puede ser mejor que tú.

- No debe juzgarse el amor, Miguel. Viene y se va, no podemos hacer nada. Él se ha enamorado de otra.

- Pues no lo entiendo.

- Ya lo entenderás.

- Si a mí me hicieran eso, iría y los mataría a los dos.

Creí que mamá volvería a reprenderme con brusca reconvención, pero pareció meditar aquella respuesta, moviendo la cabeza para apartar de sí algún pensamiento extraño.

- El odio hace más daño al que lo siente que al que lo recibe, Miguel. Yo no quiero embarrarme en él. Tu padre y yo hemos sido tan felices, que no voy a darle a esa mujer la oportunidad de quitarme los buenos recuerdos. Su historia se acabará algún día. Y ella será un ave pasajera que volará a otro sitio.

- ¡Entonces, él volverá!

- No, no volverá nunca, hijo. Haberse ido con ella le ha abierto un camino diferente. Ya te lo explicaré en otra ocasión.

-¡Siempre crees que soy pequeño para entender, pero voy a cumplir catorce años!

- Cuando tengas dieciocho –musitó ella, y se apartó de la ventana dando por terminada la conversación.

Yo vi que se llevaba toda la lluvia en las pestañas. Y, por disimular y distraerla de algún modo, le pedí que me ayudara a terminar aquel trabajo, atragantado en los

entresijos de mi cuaderno estudiantil. Entonces ella dibujó exquisitamente un ángel de pelo cobrizo y mirada azul intenso que recordaba en cierto modo a la suya.

- ¿Es hombre o mujer? – le pregunté.

Mamá no rió esta vez. Me miró a los ojos con mucha gravedad y me explicó que los ángeles no tenían sexo.

- Si tú quieres, puede ser hombre, y, si no, mujer. Qué importa eso. Solo hay un ser en este mundo que puede igualarse con un ángel.

Yo lo adiviné inmediatamente.

- ¡Una madre!

Y ella, dándome un beso en la frente, dijo que sí, que las madres podían permitirse el lujo de ser asexuadas. Pero como todas las tardes, el tiempo nos impidió seguir hablando y ella se marchó a su trabajo, dejándome en compañía del flexo vacilante y la llorosa lluvia sobre el cristal.

(Me duele no haberle preguntado por aquel daño que consumía el fondo de sus ojos. ¿Cómo pude ignorarlo? ¿Acaso no me di cuenta de que su cuerpo iba menguando, se iba haciendo pequeño, se doblaba, se retorció poco a poco?

- ¿Espera aquí?- pregunta el de la bata

- Sí, esperaré.

- Se lo digo porque el servicio tardará un poco. Si tiene algo que hacer...

- No, no. Era mi madre- repito.

Mueve los hombros el funcionario, dando a entender lo poco que le importa mi situación y se dedica a destapar la botella de tercio, abriendo luego del todo el papel plateado. Está hecho a cuanto le rodea. Por encima del dolor ajeno y de la tétrica visión que supone un cuerpo exánime con su peculiar color céreo. Como si todo

aquello pudiera dividirse en compartimientos estancos y una cosa fuesen las lágrimas, el silencio estremecido de los corredores, aquella habitación, impersonalmente blanca, y otra su papel plateado y el bocadillo de mortadela al que se dedica en alma y vida.)

Después de aquellas tardes, ella se convirtió en anciana. Nunca lo había sido hasta entonces. Las madres, además de seres sin tipología sexual, tampoco tienen edad. Tú las ves siempre doradas y profundas, sí, como un ángel que puede desdoblarse en múltiples personalidades. Mamá fue también papá. Recta y dulce, implacable y sabia, según le correspondiera, ella colmó el vacío que la ausencia masculina dejó en las estancias. Pero al comprender que el tiempo la marcaba con ineludible fijeza, noté que la muerte se hacía sitio velozmente entre sus senos, en el cálido repliegue de su boca, sobre el arco de las oscuras cejas. Y la idea de perderla conmocionó mi vida con tanta hondura y desesperación que llegó a quitarme la serenidad.

La casa parecía embargarse también de una presencia indefinible. Tuvimos un primer impulso por borrar la imagen de papá, pero después de esa pequeña lucha, y pese a nuestra propia voluntad, las cosas volvieron a sus lugares. De vez en cuando, aún llegaba de no sé qué cárcava el olor agridulce al tabaco de pipa. Restos de ropa masculina, algunos zapatos ya sin uso, una corbata que no le gustaba poblaron los espacios recónditos del armario sin que mamá hiciese nada por impedirlo. Un día, incluso, hallamos su reloj de esfera plateada. Y esta vez nos dolimos juntos de que, siendo el más preciado obsequio, un objeto que había pertenecido al abuelo de mamá y que ella regaló a papá en su cuarenta cumpleaños, no lo hubiera llevado consigo. Desde ese día, cuando pienso en mi padre lo considero un ser extraño, como si jamás hubiera pertenecido a nuestro entorno.

Mamá, en cambio, a medida que avanzaba el tiempo, parecía complacerse más en los recuerdos. El frasco vacío de colonia en la repisa del lavabo. Los pañuelos que se planchaban y doblaban todas las semanas sin razón. Comprábamos el mismo periódico, comíamos la carne mechada que él tanto pedía, cumplíamos el riguroso horario de mi padre hasta que llegaba la hora en que mamá iba a su trabajo. Todo el afán de ella por cambiar las cosas se iba difuminándose en esa lágrima que a menudo yo sorprendía en su mejilla y que ella disculpaba porque había estado pelando cebollas, o sufría un catarro, o le daba cualquier humo en los ojos.

El tiempo pasa demasiado aprisa. Cuando has dejado de ver a una persona, el tiempo va formando inevitablemente un muro, más impenetrable y alto a medida que los días caen. Y a la vez que el tiempo, pasa la vida como una exhalación, crecen los niños y se van abriendo sus ojos a un mundo que no han visto antes. Conmigo ocurrió así. Inesperadamente, comprendí que el comportamiento de mamá no era normal. Tardé mucho en asimilarlo, puesto que a mamá no se la podía clasificar bajo una norma. A menudo me decía a mí mismo que resultaba igual que un ángel, no tenía sexo y quizá ni siquiera nombre. Por eso me demoré en saber lo que realmente podía estar pasando. Hasta que una tarde la sorprendí hablando sola.

Allí estaba, sonriendo como venida de una galaxia lejana, con aquella expresión que había anidado poco a poco en su rostro, sentada al borde de la cama. Se volvió a mí y me dijo con naturalidad:

- Mira, ha venido tu padre.

Vi que había sentado en el silloncito frontero a uno de sus viejos muñecos de peluche, un perro cuyas orejas goteaban en hilachas azules. Sobre una de las mesas plegables del salón había servido una bandeja con el té y le decía a "*papá*" que se estaba enfriando.

-Tómatelo – decía, con aquella sonrisa ausente.

Me asusté de veras. En cuanto pude, sin que mamá se diese cuenta, diluí un calmante en el té y a poco de quedarse ella dormida, después de tapparla, llamé al médico.

- Ella ha dejado de vivir en el marco de la realidad – me dijo el psiquiatra-. No creo que puedas hacer nada.

- Siempre hay algo que pueda hacerse –repliqué, un poco desabridamente.

- Sí, cuidarla. Admitirla como si ella fuese la hija y tú el padre. Tu madre siempre ha tenido una crisis de identidad. ¿Nunca te habló ella de esto?

- No.

El doctor de Pablo había sido amigo de casa desde muchos años atrás. Parecía asombrado de algo que yo no alcancé entonces. Movi6 las manos como si quisiera espantar telarañas de su rostro.

- No tiene importancia, no seré yo quien desvele los secretos familiares.

He dejado ya de ser un niño y por eso no pregunto demasiado sobre cosas pasadas. Prefiero darles la forma que tienen en mi imaginación y desecho el recuerdo que puede hacerme daño en cualquier momento. A veces, es preferible vivir de ilusiones. Lo malo es que mamá también lo hacía, pero en sentido inverso al mío. Seguía mirando el reloj y colocaba la silla vacía frente a la suya. En ocasiones, sacaba tres platos de la alacena sin darse cuenta. Y cuando yo le echaba en cara que se hubiera detenido, me respondía que ya era vieja y nunca podría aceptar las cosas como yo lo hacía.

- Llegará el día que tú te vayas a vivir tu vida y entonces lo entenderás – murmuró.

(Hoy, que la tristeza me invade, sentado en este banco del Instituto Anatómico Forense, me parece estar viendo a mi madre, los ojos vidriosos y empantanados en sus momentos de alucinación. Y comprendo que ya entonces se hizo imposible la comunicación con ella. No sabía ubicarse en el instante real que vivía. Algunas veces me rodeaba con sus brazos y me cantaba como si quisiera dormirme. Otras, era ella la que se volvía niña y se refugiaba en mí, y me llamaba apá, como había llamado a su padre en los primeros días de la infancia.

Nunca antes había permanecido en un instituto forense. Me resulta extraño el penetrante chirrido de las puertas, el deslizarse de la camilla con su carga patética bajo la sábana. Y aunque procuro pensar en otras cosas, recordar momentos en que me fue dado ser feliz junto al ser que ahora yace ante mí, todo parece ajeno a mi vida, como si otro hombre estuviera sentado en mi lugar. Ni siquiera la dureza del banco, el penetrante olor a formol, la baja temperatura del entorno tienen nada que ver conmigo, Miguel Fuentes, que permanezco aquí sin saber realmente elegir un comportamiento o hablar de lo que ocurre, sin hacer ninguna llamada —el móvil abrasa en mi bolsillo—, sin pensar tampoco, no, tampoco pensar, porque quizá no quiero o no debo darme cuenta de realidad alguna. Pruebo a olvidar de pronto quién es, quién ha sido este cuerpo al que la sábana impoluta presta una impavidez de estatua. Por un momento, casi logró despersonalizarme, olvidarme de mí mismo, no encontrarme sobre el banco en esta sala estremecedora. Pero tampoco logro el desapego preciso para no darme cuenta del dolor, un sordo puñal que va taladrando mi estremecido cuerpo).

Evoco la desidia de mamá en los últimos tiempos, cuando ya se dejaba ir y permanecía en los rincones de la casa, sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas y muchas veces tiritando, sucia y desgredada. Ya no había luz en sus ojos, apenas

hablaba y su garganta solo emitía suspiros intraducibles. Al principio, las crisis le duraban poco. Podía permanecer toda una mañana en cama y a la tarde levantarse animada, mostrando un entusiasmo que tampoco era natural. En ocasiones recorría la casa para buscar en los armarios algún vestido que le apetecía ponerse. Sólo que cuando lo hallaba, sus sentimientos habían cambiado. Una de aquellas tardes la sorprendí rasgando una falda de seda con la que había salido mil veces del brazo de papá. Me asustó la rabia que se veía en sus ojos y se lo comuniqué de inmediato a de Pablo. Comprendiendo el deterioro a que estaba llegando, el siquiatra recomendó su ingreso y sólo entonces me puso al corriente de lo que ocurría, llamó a la enfermedad de mi madre por su nombre científico, me explicó los pormenores con que ella se había enfrentado antes de entonces, sus frustraciones, sus anhelos... Yo le escuchaba atónito, con los ojos agrandados más por el asombro que por el horror de la enfermedad en sí. Y entonces sentí, me avergüenza confesarlo, una intensa repugnancia que jamás antes de ese día me inspiró nadie. Dudé, incluso, de poder reanudar la convivencia con mamá. Fue como si su imagen de ángel desapareciera y la dimensión humana que me ofrecía rebotase en mis sentidos. Imposible admitirla. De Pablo, como médico avezado a enfrentar situaciones parecidas, se dio cuenta de inmediato. Insinuó:

- Puede quedarse en la clínica cierto tiempo. Os vendrá bien a los dos.

Yo asentí, casi sin darme cuenta de lo que aquello podía suponer para mi madre. No siempre se encuentra uno preparado para aceptar la enfermedad. Mucho menos, cuando se trata de una dolencia mental. Durante algún tiempo procuré dissociar la situación de mi madre de su mal propiamente dicho. Pero no dejaba de pensar que era esto lo que había precipitado su padecimiento. No obstante, de Pablo incidió mucho en que su perturbación venía señalada por una herencia. Ni el devenir de su

vida íntima ni nada de lo que había señalado su personalidad tenían que ver. Quise indagar si mi padre lo había precipitado y el médico volvió a negar, advirtiéndome que había seres poco preparados para la vida, personas que, en una palabra “*no sabían vivir*” y jamás aprendían, de manera que la existencia parecía ensañarse con ellas. Pero yo entonces no estaba preparado para asumir la realidad de mi madre. La revelación produjo en mi vida el efecto de un derrumbe físico y moral. Entraba en casa y no podía soportar el aroma que su colonia expandía por el pasillo. Todo mi ser se convulsionaba ante sus objetos: el armario con aquellos vestidos de seda que tanto le gustaban, el tocador repleto de cremas y menjunjes para el arreglo, el lavabo en donde solía olvidar casi siempre las llaves.

Antes de su alta hospitalaria, hice las maletas y me marché de casa sin esperarla.

Al comunicárselo, vi que sufría un estremecimiento. Me miró profundamente, como si quisiera encontrar en mis ojos vestigio de lo que me ocurría. Yo no estaba dispuesto a confesarle que conocía su secreto, así que inventé una historia.

- Estoy viviendo con alguien – le dije.

- ¿Una mujer? ¿Te has ido a vivir con una mujer? ¿Es eso?

Noté que la idea le producía alivio. Quizá había esperado otra cosa y pensaba que una mujer era la clave de todo. Yo no podía decirle la verdad porque, a pesar de que precisamente la verdad nos había separado, todavía la amaba de forma entrañable y, por más que escudriñase recuerdos infantiles, todo cuanto me venía a la memoria me la hacía ver como de una madre perfecta, favorable en momentos difíciles, a mi lado noche y día como una guardiana incansable, en una palabra, el ángel que yo busqué siempre en ella. Sin embargo, me quedé con la sensación de no haber sabido despejar sus dudas. Creo que se dio cuenta de todo, sobremanera

cuando fue a besarme y yo tuve una actitud de repulsa, de repugnancia contenida. Advertí que sus ojos se habían llenado de lágrimas mientras murmuraba:

- Qué difícil es ver crecer a los hijos.

Aquel gesto me persiguió muchos días y el dolor que reflejaban sus ojos al decirme adiós desde la puerta del psiquiátrico no me dejaba descansar. Comprendí pronto mi egoísmo, aunque ciertamente luché contra él. Pero la repulsión era más fuerte que mi sentido común.

Hasta que supe que ella había vuelto a su trabajo. Decidí hacer entonces lo que nunca me había permitido: visitarla en el teatro.

El empleado ha dado cumplido fin a su bocadillo. Un especial olor de embutido barato llena la sala. Vuelve él a surgir del fondo, una pequeña estancia acristalada en donde está su mesa de trabajo y pueden verse las llaves de los distintos compartimentos que guardan las camillas. Se me ocurre preguntarme cuántos cadáveres más permanecen en este horrible lugar hasta ser reclamados por sus seres queridos. Generalizar el mal me sirve un instante de consuelo, pero es un consuelo tan pobre como ilusorio. Ahora estoy seguro de que pocos han pasado el calvario que debió sufrir mi madre en los últimos tiempos y sé que he sido una parte decisiva de él. Ella no se merecía este fin. Fue ciertamente una mujer buena a quien la naturaleza no dotó de la esencia que debió poseer.

Oigo la voz del funcionario que indica:

- Alguien pregunta por usted.

Levanto la cabeza y le veo al otro lado de las puertas de cristal. El tiempo no ha sido benigno con él. Ha perdido casi todo el pelo, lleva unas gafas de montura de

concha que no le favorecen y su espalda se presenta encorvada, es una imagen de su propia derrota. Ni siquiera conserva la mirada serena que yo recordaba. Y de vez en cuando, como una sombra furtiva, me clava los ojos sin atreverse a conservarlos en los míos durante mucho rato.

- Aquí no se puede fumar – le advierte el subalterno al ver que ha sacado su cajetilla de tabaco.

Una marca barata de la que debe fumar mucho, porque su pecho se resiente de vez en vez con una tos carrasposa que antes no tenía. De repente noto que han pasado más de veinte años. No sólo hemos cambiado nosotros, también el ámbito que nos rodea. Qué lejos las sobremesas con el aroma de aquella pipa embargando los sentidos. Aunque tal vez lo piense porque ahora sé la verdad de su historia con mi madre.

Se acerca y pide que se levante la sábana que cubre el cuerpo. Durante un instante le veo luchar con las lágrimas. Me parece mentira que yo lleve su sangre y no la de ella. Y pido con toda mi alma no asemejarme a este pobre hombre, cobarde y desasosegado, que no es capaz siquiera de mirarme de frente.

- Tranquilo – le digo-. Yo tampoco me porté bien con ella.

- Tú no entiendes...- balbucea.

- Creo que te equivocas. Es ahora cuando comprendo muchas cosas. Supongo que ya no sigues con la bailarina rusa. Pero, naturalmente, tendrás otra mujer. Mamá fue una experiencia distinta para ti.

Traga saliva y ahora sí me sostiene la mirada.

- Sería muy largo de explicar.

- No quiero explicaciones, no me hacen falta. Pero si alguien supo aceptar su papel en la vida, fue ella. Resulta irónico ¿no te parece?

Entonces no me parecía irónico, sino doloroso.

Tampoco me daba cuenta de que mi silencio era más cruel que la verdad misma. Cuánto más honesto hubiera sido sentarse con ella y hablar de la realidad, de mis sentimientos culpables, de todo lo que llenaba en esos momentos mi corazón. ¿Temía que mi madre lo entendiese, que supiera calmar el desconcierto que su presencia originaba ahora en mí? Probablemente. No deseaba darle opciones. Me urgía alejarla de mi vida llevado por un extraño instinto de supervivencia. Lo familiar, de repente, se había vuelto desconocido. Ni siquiera su casa, -aquellos espacios que habían acomodado antes mi cuerpo y tan queridos me fueron-, logró serenarme. No podía hallar reposo en ninguna de las habitaciones porque siempre surgía un instante puntual que me traía la imagen de mi madre prodigando su ternura, ayudándome, amándome con infinita dedicación y desbordado afecto. Me alegró vivir fuera y procuré espaciar las visitas cada vez más. De esta forma, nuestras relaciones se fueron convirtiendo poco a poco en un trato cortés y desprovisto de amistad.

Hasta el día en el que decidí visitar el teatro para ver su actuación. Le había avisado de antemano y cuando entré en el camerino me aguardaba sin arreglar.

- Se te hace tarde –quise advertirle, quizá para que no me dedicase mucho tiempo.

Ella hizo un mohín de orgullo.

- No soy la telonera, lo mío va al final.

Comprendí que había esperado mi llegada para mostrarme su arreglo paso a paso. De niño disfrutaba yo entusiasmado con aquella parafernalia. Se pintaba las cejas, se aplicaba las pestañas postizas, diluía sobre el párpado la sombra azulada...

Lo último eran los labios, en los que ella dispersaba su especialísimo don igual que si dibujase el óleo más primoroso.

Cuando terminó, se volvió a mirarme para recoger la alabanza que estaba segura de que yo le prodigaría. Casi me vi obligado a decir:

- Estás guapísima.

Ella abrió entonces uno de los cajoncitos del tocador y me tendió una carpeta que yo conocía bien.

- Te dejaste esto en casa. Si no quieres tenerlo, tíralo. Yo no soy capaz.

Miré las láminas coloreadas en las que ella había dibujado aquel ángel de cabello cobrizo y ojos azules, que no era sino su autorretrato, y mientras contemplaba su actuación en el escenario no dejé de reprocharme mi actitud. Yo sabía que no estaba curada, que su enfermedad no tendría cura jamás, pero no quise darme cuenta del peligro. Tampoco advertí que su mirada, al despedirnos en el camerino, tenía una expresión extraña. Le pregunté si seguía tomando sus medicamentos y ella me respondió que no me preocupase. Cuando cayó el telón ya no pudimos vernos a solas. El camerino se había llenado de flores y de personas desconocidas para mí. Me encontré fuera de lugar y me despedí.

- Te llamaré – dije.

- Adiós, hijo mío.

No supe comprender la exactitud de aquella frase.

- Ha llegado el servicio – anuncia el empleado con tono impersonal.

Ya no hay vuelta atrás. Pido un instante a solas con el cuerpo y cuando ha quedado en la caja, un segundo antes de ser cerrada ésta herméticamente, coloco

entre las yertas manos de mamá aquellas láminas que hizo para mí. Sólo ella y yo podemos entenderlas en toda su magnitud. Por última vez, miro ese ángel que ella fue antes de que los comentarios maledicientes me alcancen, mucho antes de escuchar que “el maricón del sexto se ha tirado por la ventana”, o “quién iba a decir que era un hombre”. El ritual no ha podido ser más sincero. En el balcón está todavía la ropa de la que se desprendió para saltar al vacío conforme la naturaleza lo hizo. Pero siento que no me importa. Quiero amar su recuerdo como la he amado a ella, igual que se ama a todas las madres del mundo. Las madres son seres asexuados y sólo una cosa las determina, ella tenía razón cuando lo dijo. Y de pronto, mientras beso su frente, me llega una oleada de calor igual que una sacudida física. El ruego de perdón se extingue en mis labios. No hay nada que pueda pedir a mi madre que ella no me haya otorgado ya.

Alguien me aparta sin demasiada delicadeza. Es mala hora para prolongar despedidas. La caja queda sellada en un momento. Fuera esperan los compañeros, todos aquellos que han arropado sus últimos días y que han entendido mejor que nadie su lucha y sus aspiraciones. Sé que debo salir y afrontar recuerdos y realidad. Sin embargo, durante unos instantes, mi madre y yo hemos vuelto a encontrarnos en una tierra de nadie. Allí donde siempre seremos nosotros mismos, despojados del antifaz de la carne. Con un único atributo que nos define y clasifica: la capacidad de amar.